

---

---

## Dos odas de Andreas Kalvos

---

---

Andreas Kalvos, lo mismo que Solomós —el primer poeta nacional de la Grecia moderna—, nace en la isla jónica de Zante en 1792 y muere en Louth, cerca de Londres, en 1869. Su padre abandona pronto a su mujer y en 1802 se establece en Liborno con Andreas y otro hijo más pequeño. La ausencia de la madre marca el carácter del poeta. Cuando más tarde la recordaba, lloraba. Dotado —y en cierto modo, a la vez, aquejado— de un temperamento hipersensible, está probado que las lágrimas fueron relativamente frecuentes en su vida. Como más tarde Kavafis en la colonia griega de Alejandría, Kalvos sigue en Italia las nuevas publicaciones griegas. A los veinte años conoce a su también paisano Fóscolo, quince años mayor que él —«el poeta irrepitible que supo agotar en cada poema una situación psicológica determinada», según Montale— y Kalvos decide ser poeta italiano. Se desentiende de la colonia griega, escribe poesía y prosa en italiano, entra en los círculos de Fóscolo, y en 1816 viaja con él como secretario por diversos países de Europa. El autor de *Los Sepulcros* —o sea Fóscolo, mi dulce y erudito lector— marca decisivamente su formación literaria. Clasicista como su maestro, aboga por un arte elevado, que se ocupará sólo de temas excelsos. La lengua literaria se alzarán por encima de la lengua común. Incluso llega a desdeñar la lengua popular, que tanto estimaba Fóscolo. En Inglaterra el secretario no satisface en su oficio a su patrón y, tras diversas rencillas, los dos amigos rompen. En la misma Albión, y para consolar de paso su pobreza, se casa y tiene una niña. Ni su mujer ni su hija se adaptan a la situación y ambas mueren no más tarde de 1820. Cinco años antes había muerto su madre, a la que no había vuelto a ver desde la separación conyugal, y en 1812 se pierden las huellas del padre. Por esos años se rumorea que el poeta ha intentado suicidarse. «Arrogante, sombrío, irascible, serio, preocupado, listo para incomodarse; así lo describen testigos de su vida más tarde, y así lo conocemos por circunstancias de su vida. Vivía solo, vestía siempre de negro y pintaba de negro sus muebles. Hago notar que no tenía buena salud y que también sufría de los ojos», ha escrito Dimarás en su excelente *Historia de la literatura neogriega*.

Carbonario en la Italia de 1820, al año siguiente viaja a Suiza, donde en 1824 imprime su primer libro de poemas, diez odas amparadas bajo el título de *La Lira*. En 1826, y ya en París, publica otro tomo de diez odas. Es, junto con otro poema introductorio a *La Lira* y unas notas en verso, toda su producción griega. Todos sus escritos posteriores a 1826 son prosa y en italiano. En 1826 se da una vuelta por la Grecia continental que está viviendo la Guerra de Independencia (1821-1832) contra los turcos. En ese mismo año pasa a Corfú, donde vive hasta 1852. Se gana la vida como profesor particular y también da clases en la Academia Jónica. Convive casi veinticinco años con Solomós en la misma mínima ciudad sin la más leve huella de

contacto mutuo, y está probado que tenían amigos comunes. Hoy los dos mayores poetas griegos del XIX comparten la misma tumba por designio de las autoridades griegas. En 1852 Kalvos volvió a Inglaterra, donde murió en 1869. En 1960 Seferis, que está de embajador allí, se encarga del traslado de sus restos mortales a Grecia y le dedica al poeta unas páginas de su diario que comienzan así: «*Londres, viernes 18 de marzo. Me he despertado a las siete de la mañana pensando en Kalvos. Mañana el avión de la compañía «Olimpia» traslada sus restos (y los de su mujer) a Atenas.*»

La poesía de Kalvos, escrita entre sus veintinueve y sus treinta y cuatro años, es la de un romántico ataviado de neoclásico. Y, como en el caso de tantos románticos, su carrera artística es breve. Se educa con Fóscolo en el neoclasicismo, mientras en la Europa que le toca vivir respira los aires del romanticismo, movimiento hacia el que se orienta tras la ruptura con su maestro. Fruto de esta conversión será una oda que escribe a la muerte de Byron. La Guerra de la Independencia convierte a Kalvos en poeta griego, cuando se había educado para ser poeta italiano. Se plantea el problema lingüístico del griego al escribir y lo resuelve de acuerdo con sus presupuestos neoclásicos, adoptando como base el griego coloquial, pero revistiéndolo con palabras y giros antiguos: recurre al vocabulario de los clásicos, hurga en glosarios, mezcla el griego más antiguo con formas de lakoiné, coloca el adjetivo sin artículo después del sustantivo a imitación de Homero. No pierde de vista a Píndaro. Pero perífrasis, carencia de contracciones, y demás utillaje arcaizante son la epidermis de su poesía. La base de su versificación es el decapentasilabo de la poesía popular, o sea el equivalente de nuestro alejandrino, que, como su nombre indica, en griego consta de quince sílabas. Para que adquiriera un aire también vetusto, «Kalvos lo rompe en sus dos hemistiquios, los trabaja como autónomos, suprime la rima, y logra así un verso de aire antiguo, que recuerda también las complejidades métricas de la Italia clasicista, pero que a menudo revela su procedencia neogriega; no son raros los versos contiguos, que escritos en una línea formen decapentasilabos normales», ha escrito Dimarás a quien con tanto amor estoy saqueando.

El encanto —y la solidez— de Kalvos radica en su capacidad de albergar contradicciones que logran convivir con suficiente armonía. Romántico por biografía y atmósfera en la que está inserto, sumido en lágrimas, ruinas y tormentas, contra sí mismo se entrega a cantar las hazañas de un pueblo que rompe las cadenas de la opresión turca y que comienza a nacer a la luz de la libertad. En esta poesía, formalmente de un ascetismo rígido y frígido, se oyen los ecos de los versos de Young, uno de los cimientos del romanticismo. El poeta trabajará sobre la base del desgarrar entre las nubes de su vida y el sol de su pueblo, para decirlo con lenguaje romántico. Por esta poesía, tallada con la contundencia racional de un silogismo, corre también el aire fresco del exceso, del arrebatado, del deseo exaltado y en alguna ocasión hasta nos nace cómplices de su malicia:

*«Herido por injuria  
de bocas griegas  
si quieres vengarte,  
la mejor venganza  
es la simpatía.»*

La estrofa de Kalvos se compone de cuatro heptasílabos y un quinto verso pentasílabo. Por la brevedad del verso cada palabra queda realzada y logra imponerse con fuerza a nuestra conciencia. La abundancia de perífrasis y las frecuentes alusiones mitológicas exigen paciencia para gozar esta poesía. Para Kalvos, como para Lezama el exceso, el énfasis es algo natural que, como en la altisonante oda *A la muerte*, no excluye la expresión de la ternura. Esta poesía de hondo sustrato liberal y afán auténtico de renovación tenía bien asimilada la tradición, pero no pudo liberarse del corsé neoclásico y no logró cuajar en un arte nuevo. Encerrada esta poesía en un callejón sin salida, las nuevas generaciones no podían seguir esta vía condenada. Se necesitaba el triunfo del movimiento demótico y la voz de Palamás que en sus *Yambos y anapestos* se iba a ocupar de investigaciones métricas análogas a las de Kalvos para situar en su puesto justo al autor de las *Odas*. «Aquello, sin embargo, que no logró Kalvos lo llevó a cabo Solomós: la síntesis esencial de los elementos de la tradición en un nuevo arte». Tenía que ser así. Grecia es fundamentalmente solar y Kalvos era, como indirectamente se nos revela en estos versos:

*Desde el cielo,  
donde las nubes  
de alas negras bogan,  
su aterida plata  
lanza la luna.*

Oda primera

## EL PATRIOTA

### I

*Oh patria queridísima,  
isla maravillosa,  
Zákynthos, tú me diste  
el aliento, y los dones áureos  
de Apolo.*

2

*Y tú acepta el himno.  
Los Inmortales odian  
el alma, y truenan  
sobre las cabezas  
de los ingratos.*

3

*Yo nunca te olvidé,  
jamás. —Y me arrojó el destino  
lejos de ti; del siglo  
veinte años me vieron  
en pueblos extranjeros.*

4

*Pero feliz o desdichado,  
cuando la luz enriquecía  
los montes y las olas,  
ante mis ojos  
siempre te tenía.*

5

*Tú, cuando las celestes  
rosas cubre la noche  
con su peplo oscurísimo,  
tú eres la alegría  
única de mis sueños.*

6

*El sol en la Ausonia,  
tierra feliz, iluminó  
alguna vez mis pasos.  
Allí el aire puro  
siempre ríe.*

7

*Allí el pueblo fue feliz,  
y las muchachas del Parnaso  
allí danzan, y la hoja de Baco  
su lira allí  
corona.*

8

*Salvajes, en tropeles corren  
las aguas de la mar,  
y se lanzan, se quiebran  
violentas en las rocas  
albionas.*

9

*Vacia en las orillas  
del renombrado Támesis  
gloria, poderío  
y riquezas sin cuento  
el cuerno de Amaltea.*

10

*Allí el soplo eolio  
me condujo. Los rayos luminosos  
de la dulce dulcísima  
libertad me nutrieron,  
curáronme.*

11

*Y admiré tus templos,  
ciudad sagrada  
de los Celtas. ¿Qué Afrodita del logos,  
qué Venus del espíritu  
te falta?*

*Salve Ausonia, y salve  
tú Albión, salve  
París glorioso:  
mi única dueña  
es la bella Zákynthos.*

*De Zákynthos los bosques  
y los montes umbríos  
escuchaban en tiempos el sonido  
de los divinos arcos plateados  
de Artemis.*

*Y los pastores  
veneran hoy los árboles  
y los frescos chortales.  
Allí vagan aún  
las Nereidas.*

*Las ondas jonias las primeras  
le besaron el cuerpo,  
y los Céfiros jonios  
acariciaron los primeros  
el seno de Afrodita.*

EL OCEANO

I

*Tierra mimada por los dioses,  
Grecia, madre de héroes,  
mi amada y dulce patria,  
noche de esclavitud te tiene envuelta,  
noche de siglos.*

2

*Así en el caos inconmesurable  
de los desiertos siderales,  
el érebo nocturno  
desplegó los inmensos  
estandartes fúnebres.*

3

*Y en la profunda oscuridad,  
en el espacio sin orillas,  
la luz de las estrellas  
afligida se mueve  
despacísimo.*

4

*Ya han desaparecido las ciudades,  
se esfumaron los bosques,  
la mar y las montañas  
duermen: cesa la gresca  
de los seres vivos.*

5

*Allá en los reinos del espanto toda  
la naturaleza se asemeja  
a la muerte; de allí  
no llega nunca el son  
de himnos o lamentos.*

6

*Y he aquí que ya las horas abren  
las rejas matinales de las cuadras  
felices, y ya salen  
los caballos del Sol  
infatigables.*

7

*Los cascos de oro, en llamas,  
en sus lides incendian  
los caminos del aire;  
las fulgurantes crines  
iluminan los cielos.*

8

*En el seno escarchado de la tierra  
abre ahora las flores  
la alborada: y saltan a la vista  
las obras de los hombres  
que se afanan.*

9

*Y los fragantes labios  
del día besan  
la frente sosegada  
de la tierra: buyen  
sueños, tinieblas,*



*El reposo, el silencio; y de nuevo  
los rebaños y liras  
llenan de gresca  
el mar, los campos, las ciudades  
y el aire.*

*El gran león  
avanza hacia la boca  
de la cueva, y bramando  
sacude su terrible cuello,  
su melena erizada.*

*El águila abandona  
los cantiles más hondos;  
las alas van hiriendo  
las nubes, su fragor  
rasga el Olimpo.*

*Ha abatido a Grecia  
noche de muchos siglos,  
noche de larga esclavitud,  
oprobio humano o voluntad  
de dioses inmortales.*

*El país entonces parecía  
templo arruinado,  
en que los salmos ya no suenan,  
donde las hojas de la yedra duermen  
ya sin temblores.*

15

*Como sobre la mar  
inmensa de los sueños  
pocas almas de muertos  
ya desesperanzadas pasan  
sin violencia,*

16

*Así desde los árboles  
del Athos, hasta las rocas  
de Kithera, haciendo rodar  
su carro lento,  
que atraviesa el cielo,*

17

*Latriforme Hecate  
oteaba las naves,  
que bogaban el golfo del Egeo  
sin gloria, fugitivas,  
dispersas.*

18

*Tú entonces, oh resplandeciente  
hija de Zeus, único consuelo  
del mundo, te acordaste  
de mi tierra,  
oh Libertad.*

19

*Vino la diosa. Descendió  
a las inclitas  
costas de Chíos; de pie  
abrió sus manos, y llorando  
dice estas palabras:*

*Océano, padre de las danzas  
inmortales, oye  
mi voz y cumple  
el gran deseo  
de mi alma.*

*Trono glorioso yo tenía  
en Grecia y hay tiempo  
que tiranos lo ocupan,  
hoy tú préstame ayuda,  
dame mi trono.*

*Cuando abandono  
a los necios mortales,  
en tus brazos paternos me acoges:  
en tu amor se cifra  
toda mi esperanza.*

*Habló: y al punto se esfumó  
por cima las corrientes  
del Océano, iluminando  
sus espaldas húmedas y divinas,  
tempranero fulgor.*

*Relampaguean  
las olas como el cielo, y sin nubes,  
el sol brilla sereno y muestra  
las numerosas islas  
del Egeo.*

25

*Atiende ahora: como viento  
vehemente en los bosques,  
el grito de victoria se alza;  
oye los repetidos ¡salve!  
de los nautas.*

26

*Rasgada por mil proas  
la mar se abre en espumas,  
y libres se despliegan  
las hélices aladas  
en el aire.*

27

*Tal sobre el lago  
vuelan matinales  
las bandadas de abejas,  
cuando la primavera exhala  
su hálito dulce.*

28

*Así sobre la arena  
van los leones  
buscando los rebaños,  
cuando sienten  
la fiebre de sus garras.*

29

*Así, si oyen  
el brío de sus alas  
las águilas altivas  
desprecian el estruendo  
de los truenos.*

*Amadas criaturas  
del Océano, nobles  
y legítimos hijos  
de Grecia, adalides  
de la Libertad.*

*Alegraos vosotros  
gloria de los maravillosos  
escollos (Psarás, Hidra,  
Espetsía) donde nunca  
ancló el miedo al peligro.*

*¡Buena suerte! — Atacad  
las naves congregadas,  
valientes: dispersad  
su flota, incendiad  
la escuadra de los bárbaros.*

*Despreciad la cobarde  
turba de enemigos:  
siempre el triunfo corona  
las sienes de quien corre  
peligros por su patria.*

*¡Oh mano celeste!  
te veo gobernando  
los terribles timones,  
y he ahí cómo vuelan  
las proas de los héroes.*

35

*Baten y hacen chocar  
los castillos marinos de enemigos  
sin cuentos: marineros,  
esquifes, velas, mástiles la llama los devora.*

36

*Y traga el mar  
los pecios; encumbra,  
lira, la victoria: si se ensalza  
a los héroes, la divinidad  
ama los himnos.*

37

*Otomano soberbio,  
¿dónde estás? trae, necio,  
nueva escuadra y congréjala:  
nuevo laurel quieren los griegos  
arrancarte.*

ANDREAS KALVOS

Nota y traducción:  
RAMÓN IRIGOYEN  
*Mañueta, 3, 3.º*  
31001 PAMPLONA